

# LA ARQUITECTURA ROMANA COMO EXPRESIÓN DE UNA IDEOLOGÍA. LOS EJEMPLOS DE EXTREMADURA

José María Álvarez

Profesor de Arqueología. UNED

*“La provincia romana de Lusitania, que abarcaba una buena parte de la actual Extremadura, es una prueba de la espléndida realidad de la arquitectura provincial romana. Es, quizá, una de las regiones del Imperio donde mejor, por circunstancias múltiples, se ha conservado ese preciado legado romano”. Un legado que traduce toda una ideología al servicio del poder, es decir, toda una ideología imperial creada para la gloria de Augusto y su régimen.*

Decía el italicense Trajano a Plinio en una de sus cartas: “Arquitectos no pueden faltarte, pues no hay provincia que no los tenga expertos e ingeniosos” (Plin. Epist. X, 40). No le faltaba razón al *Optimus Princeps*, en modo alguno. El, conocedor de todos los rincones del Imperio, había podido percatarse de la espléndida realidad de la arquitectura provincial romana, de que en todas partes existían hombres capaces de satisfacer con creces cualquier necesidad constructiva.

La provincia romana de Lusitania, que abarcaba una buena parte de la actual Extremadura, es una prueba bien palmaria de esa realidad. Es, quizá, una de las regiones del Imperio donde mejor, por circunstancias múltiples, se ha conservado ese preciado legado romano; pocas, en verdad, pueden aducir tantos y tan buenos ejemplos de las estructuras arquitecto-

tónicas romanas; teatros, anfiteatros, termas, puentes, acueductos...

La puesta en hora de nuestro territorio llevada a cabo por Augusto y sus sucesores, y plasmada en la fundación de la colonia Augusta Emerita, significó un cambio sustancial en las vidas de nuestros antepasados.

Este hecho, además de su valor práctico, de organización del territorio, tuvo unas connotaciones de gran calado político, en el sentido de que la nueva colonia se erigía como un verdadero monumento al pacificador de Occidente, como una consecuencia de la *pax Augusta* que Octavio pudo conseguir. Toda la ideología del nuevo régimen presidió los primeros proyectos coloniales.

Las obras de ingeniería que se tuvieron que construir a lo largo de las calzadas, en el proyecto de sistematización del territorio, en el que muchos quieren ver la mano de Agripa, el

gran “arquitecto” del Imperio, muestran los señeros planteamientos de las maestranzas itálicas, bien definidos desde comienzos del siglo I a.C. Resultan ser los puentes de la primera época verdaderos trasuntos de los que se podían contemplar en las principales vías itálicas. Es la impronta, es la imagen de Roma bien proyectada para gloria de Augusto y su régimen, que ahora controlaba la vida de los lusitanos desde su *propugnaculum* emeritense, donde un Puente, el más largo de la época, era el cabeza de serie de sus congéneres.

Esa ideología continuó sin menoscabo, antes al contrario, durante todo el siglo I d.C. y, a comienzos de la segunda centuria se nos ofrece otro singular ejemplo: el Puente de Alcántara, símbolo de la *pax romana* y de su grandeza.

El ejemplo alcantarino, hermoso (“asombro del abismo y del paisaje”,



dirá de él un erudito cacereño) por su alzado configurado por esas grandes pilastras, con el añadido de contrafuertes que realzan su verticalidad, sobre las que se voltean unos impresionantes arcos de medio punto, es uno de los más claros exponentes de lo que fue la obra utilitaria romana impregnada de carácter propagandístico. Ubicado en una zona aparentemente sin importancia, se construyó con toda magnificencia, en un tajo, como vigía permanente de la oficialidad romana en una región bien considerada por sus yacimientos metalíferos. En su emblemático arco, el nombre de quien lo hizo, para que no hubiera dudas: Trajano.

Es también este Puente otra muestra de lo que decíamos, de la maestría de los arquitectos provinciales y, concretamente, a lo que parece, de los lusitanos, capaces de erigir un soberbio Faro, como fue el caso de la denominada "Torre de Hércules", obra de un aeminense (de Coimbra), de Gaius Seuius Lupus. En Alcántara, Gaius Julius Lacer, su feliz autor, pudo envanecerse de su obra que se hizo para "que durara en los siglos del mundo".

¡Y que decir de nuestras conducciones hidráulicas emeritenses! Tanto llamaron la atención por su magnificencia que viajeros, eruditos e historiadores se hicieron lenguas a la hora de escribirlas. Resulta revelador el testimonio de ALIDRISI asombrado al contemplar los altos pilares del acueducto de "Los Milagros", milagrosamente enhiestos: "Lo que era más curioso era la forma de llegar el agua al palacio. Se habían elevado gran cantidad de columnas llamados rimeros. Muchos de ellos perduran

aún en pie sin haber sufrido las inclemencias del tiempo. Están fijados al suelo por sus bases. Unos son altos, otros son bajos, según el nivel del terreno. Los más altos pueden tener una altura igual a un tiro de flecha. Siguen un trazado en línea recta. El agua pasaba por estos pilones por el interior de conductos fabricados al efecto. Ahora están demolidos pero los pilones siguen aún en pie, dando al que los mira, la impresión de que son de una sola pieza, por su perfección y solidez" (J.A. Pacheco Paniagua. *Extremadura en los geógrafos árabes*. Badajoz, 1991, p. 39).

En efecto, para todo el que llegaba a la colonia Augusta Emerita por la calzada que venía de Asturica, o por la de Corduba, debía ser, al tiempo que una señal inequívoca de que se alcanzaba una gran urbe, donde se había reflejado con creces la grandeza del imperio, un motivo de admiración semejante al que se puede experimentar al contemplar modernamente cualquier símbolo de una de nuestras ciudades más representativas, el encontrarse con la grandeza de las arquerías de "San Lázaro" o las de "Los Milagros", que hubo necesidad de tender sobre el valle del río Albarregas.

El origen de las conducciones, los embalses de "Cornalvo" y "Proserpina", de estructura similar (muro de hormigón con paramento de sillarejo y espaldón de tierra), pero con notables variantes en cuanto a la toma de aguas, son otros claros ejemplos de la pericia con la que los ingenieros romanos supieron resolver un problema de esta consideración.

Otro tanto podríamos decir de las soluciones adoptadas para el desa-

rollo del conducto con *cuniculi* (túneles y galerías) de gran altura y esmerada construcción que recorren varios kilómetros.

Las excavaciones que se vienen realizando en nuestros más significados yacimientos van desvelando con los días su estructura urbana.

Las áreas centrales de esas ciudades, colonias y municipios, muestran grandes realizaciones debidas al evergetismo de sus naturales, como es el caso bien conocido de Capera (Cáparra), con su arco cuadrifronte (*tetrapylon*) erigido por Fidius Macer, o los de Regina y Augusta Emerita, en los que se despliega toda una ideología imperial.

En Regina, el conjunto aparece presidido por un *templum*, espacio porticado dedicado a la Pietas Augusta. En Mérida, es Augusto y su casa imperial los que explican el proyecto del Foro.

El ejemplo emeritense, que se viene valorando en los últimos tiempos y al que esperan nuevas líneas de investigación que darán su verdadera dimensión, es bien paradigmático. Se trata de un nuevo *Augusteum*, es decir de un recinto dedicado al Emperador, en este caso a Augusto y a la glorificación de su familia. Es algo muy parecido a lo que podía verse en otras ciudades importantes del Imperio como Nemasus (Nimes), Arelata (Arles), en las que se reflejó, aunque en ningún sitio de una manera tan clara como en Mérida, el programa del *Forum Augustum* de la metrópoli.

Fue el recinto emeritense, por tanto, un trasunto de ese espacio tan singular para la ideología augustea en la propia Roma, donde existió un tem-



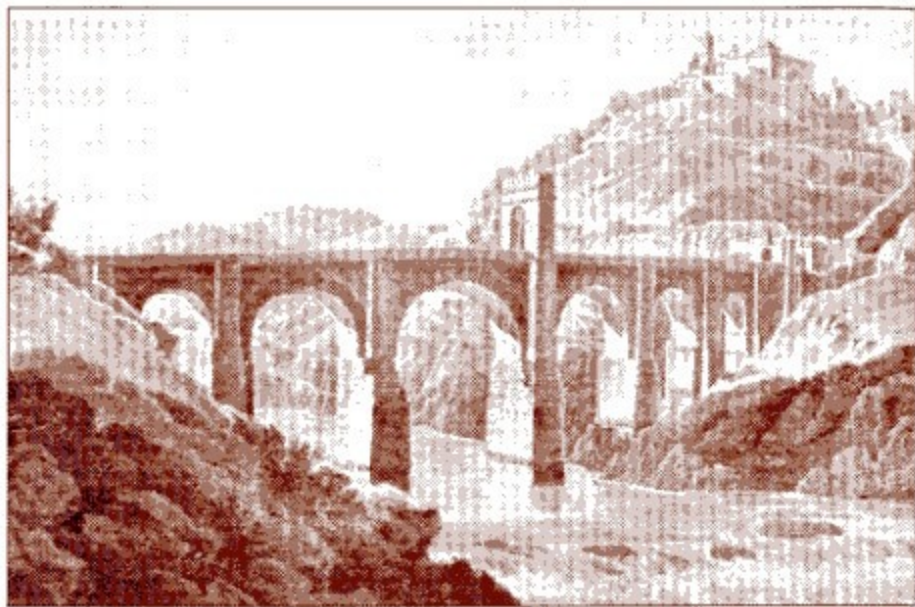
plo, el conocido de Mars Ultor y un pórtico en el que se dispuso todo un programa decorativo que tenía que ver con esa aludida glorificación de la casa imperial. En Augusta Emerita, un templo, el denominado de "Diana", claramente dedicado al culto imperial, y el denominado Pórtico del Foro con un programa escultórico que copiaba los ejemplos romanos, configuró ese *Augusteum*.

Esta propagación de la ideología imperial se completó con otro recinto compuesto por un grandioso templo, tetrástilo, de mármol, probablemente dedicado a las virtudes imperiales (*Aeternitas Augusti* ?), al que se accedía desde una monumental y simbólica puerta que no era otra que el denominado "Arco de Trajano".

De todos es conocido el carácter simbólico y político que tuvieron los teatros en el mundo imperial romano. Desde muy antiguo, y sobre todo desde la construcción del Teatro de Pompeyo, esos recintos fueron utilizados para propagar un sistema político, una ideología. Allí acudían en procesión, a veces desde el cercano foro, para realizar un sacrificio en honor del emperador, todas las fuerzas vivas de la ciudad, con los sacerdotes al frente, quienes en sus ritos, entre inciensos y cánticos, invocaban la figura del *Princeps* como hacedor de todas las venturas y parabienes de los que gozaba aquella sociedad.

El caso del Teatro de Mérida es bien canónico en este sentido.

Construido en los años 16-15 a.C. por voluntad de Marco Agripa, posible patrono de la colonia, fue desde el primer momento un recinto al que se le confirió un carácter sacro.



Segunda vista del puente de Alcántara (según dibujo firmado por el propio Laborde)

Posiblemente, en su segunda fase, en plena época julioclaudia, en la *porticus post scaenam*, lo que conocemos como Peristilo, se dispuso una capilla (aula) en la que se veneraron las efigies de Augusto y de miembros de su familia.

Andando el tiempo, a lo que parece en época de Trajano, en la base de la *ima caena*, según la contrastada teoría de Walter Trillmich, se construyó un *sacrarium*, una especie de gran altar donde se veneró a la casa imperial. Los testimonios hallados en el Teatro son bien elocuentes en este sentido.

El ejemplo emeritense, pues, vino a sumarse a otros bien conocidos como los de la propia Roma, donde el conjunto Teatro de Marcelo y Templo de Apolo Sosiano tenía este carácter, o el de Atico, con templo cercano al Teatro,

lo que sucedía igualmente en Avenches y Augusta Raurica, o en la Península, en el Teatro de Bilbilis.

Podríamos referir otros casos de proyectos arquitectónicos bien significativos, pero los que hemos comentado son suficientes para comprender como la ideología, como siempre, primó a la hora de afrontar los proyectos de nuestras ciudades.

Con ello, Roma no hacía otra cosa que seguir el ejemplo de las monarquías helenísticas en las que tanto se fijó. Todo se completó, y de ello hemos hablado, con los programas decorativos con los que se dotó a estas realizaciones arquitectónicas. Augusto y sus sucesores, como ha explicado admirablemente Paul Zanker, comprendieron muy bien "el poder de las imágenes".